

absoluta. Así, en lo único que habíamos adelantado, gracias á los economistas españoles del pasado siglo, era en indiferentismo religioso, pues como todos ellos eran partidarios de la desamortización, hubieron de ser enemigos de las órdenes religiosas, á las que atacaron causándoles incurables heridas, aún cuando no tan graves que no les permitieran esperar el parche que la guerra de la Independencia les puso, evitándoles el que se desangrasen por completo antes de dicha fecha, la que hubiera valido más que no que pereciesen anegadas en sangre en 1835.

Decidida la guerra organizáronse tres ejércitos, destinados á entrar en Francia por Guipúzcoa, Alto Aragón y Cataluña, al mando respectivamente de Caro, príncipe de Castelfranco y general Ricardos.

Ricardos con poco más de 3.000 hombres invadió el Rosellón, ocupó algunas plazas fronterizas, y el 18 de Mayo de 1793 derrotaba en Mas de Eu al general francés Deflers, en batalla campal, cuando ya su ejército contaba cerca de 18.000 hombres, llevando esta batalla la consternación á Perpiñan cuyas autoridades se fugaron á Narbona.

Falto de refuerzos, Ricardos, que le pusieron en estado de invadir el país que le había abierto el combate de Mas de Eu, tuvo que sostenerse siempre pegado á los Pirineos, pues sólo pudimos mantenernos en Peyrestortes, un día,—8 de Setiembre,—que los franceses recuperaron al día siguiente, perdiendo en la empresa sus vidas, dos de sus generales, sosteniendo nuestra retirada durante diez y siete horas el bizarro Courten, batiéndose contra fuerzas cuatro veces superiores á las suyas.

Era, pues, necesaria una batalla decisiva, pues Francia que tantos triunfos conseguía en todas las fronteras, no podía sufrir que sólo en la de España se mantuvieran sus enemigos en su territorio. Sacó, pues, del ejército de Italia á Dagobert que se había distinguido á las órdenes de Biron. Dagobert llegó al Rosellón acompañado de diez batallones de tropas veteranas y de los convencionales Cassagne y Fabre.

A los pocos días los dos ejércitos se batían en Truillás,—22 de Setiembre de 1793.—La victoria fué nuestra, y hubo motivo para celebrarse en España con Te-Deums y otros regocijos, pues los franceses dejaron en el campo de batalla más de seis mil muertos y heridos; pero como en Peyrestortes al otro día hubimos de abandonar el campo de batalla y enfrascarnos en los Pirineos poniendo

nuestro campamento en el Boulou, por haber recibido Dagobert 15.000 hombres de refuerzos. Pero en el Boulou vino á estrellarse Dagobert contra la pericia de Ricardos y la fortaleza de las tropas españolas, pues inútilmente estuvo atacando nuestras posiciones por espacio de veinticuatro días, pereciendo en uno de los combates el representante Fabre, y como Ricardos fué socorrido y el francés por su terquedad se fué debilitando, salió de sus acantonamientos y marchando desde el 7 de Noviembre de victoria en victoria, se apoderó de San Telmo, de Portvendres, del Puig del Oriol y de Colliure, siendo además los trofeos de tantas victorias 12.000 prisioneros, diez y seis banderas, veinte y tantas baterías, gran número de provisiones de todas clases, etc., tomando Ricardos sus cuarteles de invierno en las orillas del Tech. Los franceses se acamparon al rededor de Perpiñan.

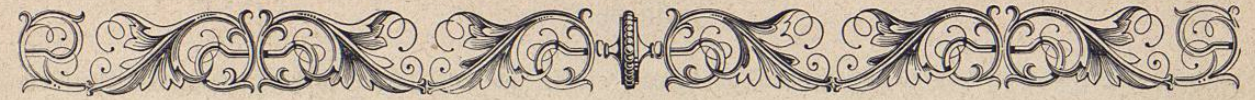
Godoy quiso atribuirse la gloria de esta campaña por haber sostenido enérgicamente á Ricardos, pero esto después de tanta y tanta sangre derramada en los valles del Thuir y del Tech, ni siquiera pudimos poner sitio á Perpiñan, faltos de soldados. Si Ricardos hubiese dispuesto de más gente, no puede cabernos duda de que hubiese arrojado á los franceses más allá de Narbona.

En el Norte, Caro, no hizo más, por iguales motivos, que defender la integridad del territorio y tomar el inexpugnable castillo de Píñon por las partes de la frontera de Navarra; hecho de armas muy celebrado pero sin trascendencia.

Debióse este exiguo resultado por nuestra parte, después de ocho meses de campaña, al corto número de fuerzas que pusimos en movimiento y á la falta de organización militar. En estas circunstancias nuestros generales y muchos soldados no pudieron hacer más de lo que hicieron.

A Godoy; ¡oh, excelencias de la antigua monarquía! le valió la campaña el nombramiento de capitán general, que se lo concedió el imbécil de Carlos IV al ponerse en camino Ricardos para empezar la guerra en Cataluña.

Francia resolvió en vista de las victorias de Ricardos acabar con este general, el único de los generales extranjeros que quedaban á fines de 1793 en el territorio de la república, y le envió al vencedor de Tolon, á Dugommier. Pero esto es materia de las campañas de 1794.



CAPITULO VIII

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Exageraciones reformistas.—La Comuna de París.—Chaumette moralista y reformador.—Chaumette y Clootz.—Ideas panteístas de Clootz.—Fouché y Gobel.—El 7 de Noviembre de 1793: renuncia Gobel el episcopado.—Actitud de la Convención.—Gregoire se niega á apostar.—La fiesta de la diosa razón.—Abdica la Convención.—Triunfo de Chaumette.—Hebert interviene.—Su indecente actitud.—Robespierre interviene.—El 17 de Noviembre: memoria de Robespierre: sus amenazas.—El 20 de Noviembre: llévanse á la Convención los vasos sagrados de las iglesias.—Indignación de Robespierre: defiende el culto católico: ataca el ateísmo.—Hebert retrocede.—Chaumette hace cerrar todas las iglesias.—Interviene Danton: pide que se celebre una fiesta en honor al Sér Supremo.—Hebert y Chaumette se excusan.—Disposición de ánimo de Danton.—Propone Billaud-Varenes la organización de un gobierno fuerte en el interior.—El Comité de salvación pública.—Su personal y partidos.—Ataca á la Comuna.—El 4 de Diciembre Chaumette llama las secciones á las armas.—La Convención anula la convocatoria.—Levántanse las provincias contra los hebertistas: Nevers.—Robespierre vuelve de nuevo á la carga.—La Convención declara la libertad de cultos.—El espurgo en los Jacobinos.—Robespierre y Danton unidos.—Unense con Desmoulin.—Publica éste *Le Vieux Cordelier*: sensación que producen sus números.—Ataca personalmente á Clootz y Chaumette.—Robespierre ataca á Clootz en los Jacobinos.—Es rayado de la lista de los socios.—Desmoulin publica el tercer número de su diario: condena el terror.—Fabre de Englantine pide la renovación del Comité de salvación pública.—Opónese Robespierre y la Convención le da la razón.—Resuélvese á sacrificar á los hebertistas para satisfacer á los moderados.—Los hebertistas llaman á Ronsin á París para organizar la resistencia.—Impudencias de Ronsin.—Mándalo prender la Convención.—Manifestación de regocijo público: piden la libertad de los presos por sospechas.—Robespierre pide que se nombre un comité que estatúe sobre su suerte.—El cuarto número de *Le Vieux Cordelier*.—Elocuente invocación á la clemencia.—Robespierre lo condena por inoportuno.—Situación de Robespierre.—Philippeaux hace público lo ocurrido en la Vendée con Ronsin.—Intervención de los jacobinos.—Renuncia la Convención á organizar el Comité de justicia.—El quinto número de *Le Vieux Cordelier*.—Ataca á Barere y á Hebert.—Desmoulin ante los Jacobinos.—Robespierre le defiende.—Célebre altercado entre Robespierre y Desmoulin.—Interviene Danton.—Philippeaux y Fabre desoyen á Danton.—Prisión de Fabre: 12 de Enero de 1794.—Danton pide que se oiga á Fabre.—Billaud amenaza á Danton.—Política de Robespierre.—Acaloramiento de Desmoulin.—El séptimo número de *Le Vieux Cordelier*: no se puede publicar por no encontrar editor.—Robespierre enfermo.—Su situación moral.—Intentan los hebertistas una nueva insurrección.—Son presos sus jefes.—Prisión de Herault de Schelles.—Muerte de los hebertistas: 24 de Marzo de 1794.—Muerte de Clootz.—Examen de la situación política interior.—La Convención reformista.—Declara la instrucción primaria gratuita y obligatoria: Lakanal.—Funda el museo del Louvre.—Chappe y el telégrafo eléctrico.—Decrétase la unidad de pesos y medidas.—Funda el observatorio nacional de música.—Repártense los bienes comunales.—Abolición de la facultad de testar.—Codificación de las leyes vigentes y su unificación.—Cambaceres.—El calendario republicano: Romme y Fabre de Englantine.—Cómo la Convención llevaba adelante la revolución social.—Resultados de la intransigencia.



OS inauditos crímenes cometidos en todas partes de Francia por los hebertistas y la indisciplina que introducían en el ejército á tanta costa creado por la revolución, disus-

taron á los mismos que habían empujado la república por el terror, quienes no dejaron de ver que la exageración política llevaba á otras exageraciones mucho más temibles para una sociedad política,

pues, es más grave en todo tiempo destruir los lazos morales de un pueblo que no lo que les unen á esta ó aquella forma política cualquiera que sea su antigüedad y arraigo.

Este ataque á los principios constituyentes de la sociedad humana llevado á su exaltación, era como en política el que llevaba á perseguirse como fieras los hijos de una misma patria. La revolución triunfante pretendió reconstruir sobre nuevas bases el orden social, y dicho se está que desde el momento que esto se inició, las imaginaciones volcánicas de los bebedores de sangre hubieron de llegar de un salto al último extremo, á una sociedad sin Dios, y dicho se está que si no se quería y se negaba el gobierno divino, menos habían de querer estos hombres el gobierno humano. En suma, se quiso lo que en nuestros días se ha llamado la anarquía, un pandemonium en el que nadie podía coger por lo mismo que todos se estorbaban mutuamente.

Ahora bien, no se juzgarán nunca como se merecen los grandes crímenes y horrores de la Revolución francesa si se apartan de las exageraciones de esos innovadores desenfrenados, pues creemos que con razón puede decirse que los crímenes morales de la revolución explican los crímenes políticos, y tan cierto es esto, que al frente de unos y otros vemos á los mismos hombres. ¿No es la Comuna de París la que figura al frente de toda sedición política? Pues de la misma manera es la Comuna la que desempeña el principal papel en la sedición moral.

Chaumette, á quien hemos visto pedir las cabezas de los girondinos, es el mismo Chaumette que como procurador de la Comuna dictó severísimas medidas contra la prostitución, los libros y grabados obscenos; el mismo que para arrancar de raíz el tremendo vicio del juego se esforzó en suprimir las loterías; el mismo que protegió las bellas artes y su enseñanza. Pero su gusto por las artes no le impide mejorar el régimen de los hospitales, separar los locos de los enfermos, mejorando el tratamiento de unos y otros, es el que crea un asilo para las mujeres embarazadas sin recursos, pero es también el que, exaltando la maternidad por encima de muchas conveniencias, hace reservar en las ceremonias públicas un puesto para aquellas mujeres, que estén en tal estado; es, en fin, el hombre que promueve la creación de un asilo para los hijos de los ajusticiados, que la Convención había de declarar «hijos de la patria» á fin de borrar la mancha que sobre los inocentes arrojan los culpables. Pues bien, Chaumette es el hombre que se pone á las órdenes del buen

Cloutz que cree poder llevar á la práctica sus lucubraciones filosófico-morales.

Entre Cloutz y Chaumette mediaba, empero, una gran distancia. Chaumette no comprendía de Cloutz mas que lo que hería los sentidos. Cloutz era un panteísta. Confundiendo á Dios con la naturaleza negaba los dioses antropomórficos y diferentes del mundo, luégo decía Chaumette con una lógica que había de desesperar á Cloutz, guerra á Dios, como se dijo también en Barcelona en 1868 por quien no veía más claro que Chaumette en estos asuntos. Pero como para Cloutz lo mismo que para Chaumette lo importante y de momento, lo práctico era destruir la Iglesia, lo mismo la refractaria que la nacional, por esta concordancia marchaban unidos hombres que disentían profundamente en lo esencial.

En esta tarea secundaban á Cloutz y Chaumette los que como Fouché el de Lyon, el futuro duque, renegaban de la religión que habían jurado servir, y abolían su culto (Nevers); los que como Gobel, el obispo constitucional de París, se mostraban dispuestos á dar al acto de su apostasía toda la solemnidad de un gran acontecimiento patriótico.

Fué el día 7 de Noviembre cuando Gobel seguido de sus vicarios y de varios curas, se presentó en la Convención, acompañado de las autoridades comunales, para depositar sus insignias sacerdotales y comunales, por lo mismo que había cesado de creer en los dogmas de la Iglesia.

Chaumette que había preparado el acto pidió que tan gran día, que dijo ser «el en que la razón recobraba su imperio, quedase conmemorado en el nuevo calendario que estaba haciendo la Convención, pero no hubo de ser poca la sorpresa del procurador de la Comuna al oír al presidente de la Convención que era aquel día Laloi, dar gracias á los que abjuraban sus preocupaciones, para consagrarse á la práctica de las virtudes sociales y morales, asegurándoles que este era el culto que encontraba agradable el Sér Supremo.»

El caso de Gobel no fué un caso aislado: otros tres obispos entre ellos el de Evreux hermano de Lindet, imitaron su ejemplo: un ministro protestante, Julien de Tolosa hizo otro tanto. Pero era necesario ganar la adhesión del hombre más autorizado del episcopado francés, y esta era empresa difícil, porque Gregoire al abrazar las opiniones liberales no entendió claudicar en sus opiniones religiosas.

«Hablásemme, decía, de sacrificios á la patria; estoy acostumbrado á hacérselos. ¿Se trata de la adhesión á la causa de la libertad? Tengo dadas mis pruebas desde hace mucho tiempo. ¿Se trata de los

emolumentos propios del cargo de obispo? Renuncio á ellos sin pesar. ¿Se trata de religión? Esto está fuera de vuestro alcance. Se me atormentó para hacerme aceptar la carga del episcopado en un tiempo que estaba rodeada de espinas; hoy se me atormenta para obligarme á una abdicación que no se me arrancará. He procurado en mi diócesis hacer el bien; soy obispo y continuaré siéndolo para continuar haciéndoselo. ¡Yo invoco la libertad de cultos!»

Chaumette no se dió por vencido y pasó adelante aun cuando había fracasado en la que había de dar motivo para el gran golpe. El mismo día hizo acordar por la Comuna que se celebraría una gran fiesta «en honor de la destrucción del fanatismo» el próximo 10 de Noviembre «en la antes iglesia-metropolitana.

Y la fiesta se celebró. La catedral de París fué convertida en templo de la razón, iluminado por la antorcha de la verdad. La señorita Maillard cantante celebrada del teatro de la Opera, representó el papel de la diosa. Del templo pasó la diosa con su cortejo á la Convención, en donde el presidente le ofreció sitio á su lado, y allí en su presencia la Convención votó sin discrepancias la transformación de la catedral de Nuestra Señora, en Templo de la razón.

Todo esto es ridículo ciertamente, aún cuando en aquel entonces, en medio de la exageración de las pasiones, pareció sublime. Pero no se puede negar que fué decente. La Maillard gozaba de buena reputación, y el coro de señoras que le acompañaba estaba compuesto de personas dignas y de reputación. Pero Hebert se encargó de profanarlo todo, y pronto halló ocasión para hacer representar el papel de diosas á las meretrices de su bando.

Las mujeres públicas de París estaban divididas en dos bandos. Las unas eran partidarias del antiguo régimen; las otras de la revolución. En más de cien ocasiones dieron los dos bandos grandes escándalos en París, batiéndose como endemoniadas, y Hebert sólo para dar disgustos á su amigo Chaumette que perseguía á unas y á otras, se había constituido en protector de las meretrices revolucionarias.

Robespierre cuya fe religiosa hemos tenido ya ocasión de hacer resaltar, estaba escandalizado y avergonzado; comprendía que con semejantes fiestas y espectáculos se iba á crear una fuerte oposición contra la república, y las debilidades de la Convención le irritaban. Pero para poner remedio á este estado de cosas que iba de mal en peor, era necesario combatir á los hebertistas, y por difícil y

peligroso que esto fuera, se decidió á ello tomando por indirectas vías.

Tenía Robespierre que presentar junto con Billaud-Varenes dos memorias sobre la situación interior y exterior de la república—17 y 18 de Noviembre,—y el 17 dió Robespierre lectura de su trabajo sobre la república y el exterior. Principió por repetir las mil acusaciones que hicieron á los girondinos de manejos con los extranjeros, y hasta les acusó él mismo de haber hecho declarar la guerra á los aliados. Toda esta parte de su trabajo era odiosa y absurda. La parte consagrada al examen de la situación presente era por lo contrario elevada y profunda,—y como dice Martín,—Brissot hubiera podido firmarla salvo la conclusión, en que se condenaba el moderantismo. Pero la verdadera conclusión en este día fué la que hizo en términos precisos de todas las exageraciones. «El pueblo,—decía,—execra todos los excesos, quiere que se le defienda honrándole.»

Robespierre terminaba amenazando á los moderados y á los exagerados. Los moderados destruídos, los girondinos nadie sabía verlos, los exagerados á nadie se ocultaban, eran los Hebert con su inmundio diario, eran los Chaumette con sus exageraciones de renovación social.

Hebert y Châumette se dieron desde luégo por avisados, y sin duda con el intento de imponerse á Robespierre, arreglaron la escandalosa escena del 20 de Noviembre. En este día se presentó en la Convención una turba llevando los despojos de varias iglesias de París, acompañada de un estandarte representando «el entierro del fanatismo» y cantando canciones callejeras. Estos despojos fueron á pasar en manos de la Comuna, en virtud de haber hecho decretar Cambon el 16, que las iglesias y presbiterios servirían de asilos á los pobres y para escuelas. Luégo la Comuna era la responsable de la mascarada del 20, y que ésta tenía una intención provocativa, nada lo dice tan claro como el haber pedido Hebert explicaciones á Robespierre al día siguiente en los Jacobinos.

Robespierre no retrocedió.—«Se perturba, dijo, la libertad de cultos en nombre de la libertad, y se hace burla de la dignidad del pueblo por medio de ridículas farsas. Se ha supuesto que al acoger la Convención las ofrendas cívicas, había prescrito el culto católico. Esto no se ha hecho y no se hará jamás. El que quiere impedir que se diga misa, es más fanático que el que la dice. Hombres hay que pretenden hacer del ateísmo una religión. Libre es todo individuo de pensar en esta materia lo que